

DON RAMÓN DE ZUBIRÍA
MAESTRO, HUMANISTA Y AMIGO

Rubio pastor de barcas pescadoras...

JOSÉ GOROSTIZA

La figura de don Ramón de Zubiría, enhiesta como el Cid Campeador, triste como Don Quijote y plena en la voz y la sombra de don Antonio Machado, guía a quienes tuvimos la fortuna y el placer de conocerlo en el sendero insondable del misterio humano.

La fruición por el saber fue una de las características medulares de este ilustre colombiano que con su voz, cargada de emoción y de acción, supo transmitir a varias generaciones la luz que habitaba en su interior, unida indisolublemente al sentir hispánico de un cartagenero acunado y criado por las olas del mar Caribe.

Durante su periplo vital dejó una estela de estudiante reflexivo y, con el paso del tiempo, de maestro de juventudes. Aquellas que han dado al país un sello de humanismo en medio de la barbarie y la estulticia rampantes de quienes, con el signo del 'más o menos', creen ser poseedores de la verdad absoluta pero merecen el juicio implacable a la mediocridad.

"Nadie es más si no hace más", nos repetía el maestro De Zubiría, refrendando el pensamiento renacentista de Don Quijote y recordando a su auditorio esta máxima, que con su ejemplo y gallardía ilustraba el mismo don Ramón.

Su conocimiento de la literatura hispánica e hispanoamericana permitía un cruce de carabelas literarias y líricas entre la Península y el continente americano que salvaba ese mar interior que nos separa geográficamente. Su mente no reconocía fronteras: era Martí, era Neruda, era Vallejo, era Borges, pero también era Guillén, era García Lorca, era Cervantes y era Machado.

En sus clases, que no sólo se daban en las aulas sino también en los corredores, en las reuniones sociales, en su casa, don Ramón reunía a su alrededor auditorios formales e improvisados que, bajo el conjuro de su palabra, acertaban a pasar por sus senderos plenos de cariño y sabiduría.

No era don Ramón hombre de vacuidad ni de vacío espiritual. Sus enseñanzas trazaban líneas imaginarias en el universo del discurso propio y era por esos mundos virtuales por donde se caminaba en sus prolongadas disertaciones sobre el ser humano, reflejado en la magia de la palabra literaria y en las reflexiones de una filosofía hispanoamericana que, en la mente del humanista, se había convertido en un prisma de la más pura sensibilidad americana.

Bastaría con su magisterio para recordar al docente por excelencia, aquel que repetía hasta el cansancio que los saberes no son una suma de contenidos eruditos, sino la sincronía de disciplinas y ciencias al servicio de los problemas de la humanidad y que la docencia sin afecto no produce efecto alguno.

Al recordar la imagen de don Ramón, centro de atención de nuestra mirada estudiantil, nos sobrecoge la emoción de haber compartido nuestra existencia con un ser excepcional. Valdría la pena recordar en esta semblanza las clases en las que don Ramón evocaba la figura de García Lorca. Decía el maestro De Zubiría que por sobre la figura del escritor sobresalía el 'duende', que llenaba los espacios con su presencia luminosa y fecunda. Otro tanto podemos decir de don Ramón, quien con dos palabras iluminaba cualquier recinto con la pureza de su voz y con la memoria del crisol que decanta al fuego el oro del pensamiento.

En sus disertaciones sobre el humanismo, don Ramón supo conciliar el pensar trascendental de los griegos y de los hombres del Renacimiento con la realidad de un país que, como el nuestro, a pesar de la leyenda sembrada sobre la “Atenas suramericana”, es una nación ayuna de una veta humanística que supere el diletantismo y la pose de una intelectualidad rancia y caduca, cuando no artificial y ‘hechiza’, por una mirada juvenil y clara que oriente el develar del ser colombiano por encima de las frases de cajón y de la filosofía foránea sin decantación americana.

La voz del bardo, antes que la pluma del escritor, fue la nota clásica del trasegar humanista del maestro De Zubiría, quien se lamentaba frecuentemente de que terminaría sus días sin haber escrito los fantasmas que deambulaban por su mente.

Pero quizás habría sido una labor estéril aprisionar el mar de sus pensamientos y emociones en letras de molde, frías e impersonales, cuando el decir de don Ramón exigía la escena de un poeta consagrado a un auditorio “de carne y hueso”, como lo señalara el maestro Unamuno.

La dimensión trágica del recorrido de don Ramón estaba permanentemente en las preocupaciones de un hombre entregado, vida y alma, a sus alumnos, a su ética y a su valor civil para señalar las lacras y las virtudes de un ser humano caracterizado por la contradicción como lo es, en particular, el ser colombiano.

Su trayectoria como diplomático y como hombre de Estado no estuvo acompañada del boato y la falsa etiqueta de una sociedad enmascarada; por el contrario, su actuar como consejero de la política colombiana fue, ante todo, el de un adalid de la justicia, de la educación, de la cultura y de la igualdad.

Oíamos sus conceptos sobre el devenir del país no como el análisis frío e indiferente de un economista sino como la expresión de su compromiso con una nación y con un pueblo que don Ramón reconocía en sus cantos, en sus danzas, en su teatro y en su actuar cotidianos.

Sólo para recordar una faceta de esta cercanía a la cultura colombiana podemos referir su entrañable amistad con Delia Zapata Olivella o con Alejandro Obregón o con Álvaro Mutis o con el Nobel Gabriel García Márquez y sintetizar, en esas figuras cimeras de nuestra cultura, el permanente sentir colombiano de don Ramón.

Esta breve relación de la entrañable compañía de don Ramón no estaría completa sin resaltar el valor del 'compadre', del 'compañero', del 'amigo'.

Era la amistad un valor inherente al ser de don Ramón, amistad cifrada en el abrazo cordial, en la mirada plena de atención y en la voz caribe de un poeta que no escribió versos sino que fue el verso en persona.

IGNACIO CHAVES CUEVAS